

dad formidable, tengan la mala costumbre de ver á lo lejos—Zaratustra ve mucho más que el zar—, se ven forzados aquí á recoger en una mirada lo más próximo, el tiempo, lo que se encuentra en torno suyo.

Podréis ver también con todos sus detalles, mejor dicho, en la forma, el alejamiento *despótico* de los instintos que hicieron posible la creación de Zaratustra.

En primer término, hay un gran refinamiento en la forma, en la intención, en el arte del silencio; la psicología está maniatada con una crueldad y una dureza presupuestas.

El libro entero no tiene una sola palabra de bondad.

Todo en él reposa. ¿Quién, pues, sería capaz de comprender el derroche de bondad que hay en Zaratustra como necesario para solaz y recreo?

Hablando teológicamente—y fijaos bien, porque hablo muy pocas veces como teólogo—, puede asegurarse que el mismo Dios fué el que se enroscó en forma de serpiente al árbol de la Ciencia, cuando terminó su obra. De ese modo descansaba de ser Dios. Todo cuanto había hecho era demasiado hermoso.

El diablo no es más que la ociosidad de Dios cada siete días...

## LA GENEALOGÍA DE LA MORAL

(Una obra de polémica)

Las tres disertaciones que componen esta genealogía son tal vez—por lo que se refiere á la expresión, la intención, el arte de la sorpresa—lo más inquietante que he escrito hasta ahora.

Nadie ignora que Dionisios es también el dios de las tinieblas. Cada vez que se empieza hay como una inducción al error. Son comienzos fríos, científicos, casi irónicos.

Poco á poco aumenta la agitación. Aquí y allá se rasga en relámpagos el horizonte. Verdades ásperas y desagradables vienen de muy lejos con sordo rumor de truenos, hasta que se llega á un *tempo feroce* en que todo avanza en una tensión formidable.

Por último, se advierte de cuando en cuando, en medio de las detonaciones absolutamente terribles, una verdad *nueva*, visible entre espesas nubes.

La verdad de la primera disertación es la psicología del cristianismo: el nacimiento del cristianismo en el espíritu del resentimiento y no, como podría creerse, en «el espíritu» simplemente. Esencialmente es un movimiento de reacción, la gran rebeldía contra el dominio de los valores *nobles*.

La segunda disertación presenta la psicología de la *conciencia*, que no es, como creen algunos, «la voz de Dios en el hombre». Es el instinto de crueldad que retrocede cuando ya no le es posible descargar exteriormente.

Por primera vez se presenta en este libro á la crueldad considerada como uno de los más antiguos y más necesarios fundamentos de la civilización.

La tercera disertación resuelve el problema del origen del ideal ascético y de su enorme potencia, la potencia idealista del sacerdote, aun siendo, como es, el ideal *anulador* por excelencia, la voluntad del fin, el ideal de la decadencia.

Este poderío del sacerdote proviene, no de que tenga á Dios detrás de sí, como creen algunos, sino porque el ideal ascético ha sido

hasta ahora—á falta de otro mejor—el único ideal.

*Zaratustra* vino á representar el *contraideal* que faltaba.

¿Se me ha comprendido?

Tres estudios preparatorios y determinantes de un psicólogo respecto á una transmutación de todos los valores.

Este libro contiene la primera psicología del sacerdote.

## EL CREPUSCULO DE LOS IDOLOS

(Cómo se hace filosofía á martillazos)

### I

Este libro, que apenas tiene 180 páginas, con su aspecto á la vez sereno y fatal—un diablo riendo—, es obra de tan pocos días que me da vergüenza decir el número de ellos.

Es la excepción de todos los libros. No existe nada más substancial, más independiente, más revolucionario, más malo.

El que quiera formarse rápidamente una idea de cómo estaba todo al revés antes de aparecer yo, tiene que empezar por la lectura de esta obra.

La palabra *ídolo* representa lo que hasta ahora se llamaba verdad.

*Crepúsculo de los ídolos* quiere decir: «Empieza el fin de las verdades antiguas...»

### II

No existe ninguna realidad, ninguna «idealidad» que no hayan sido tocadas en este libro. ¡*Tocada!* ¡Qué circunspección de eufemismo! Y no sólo los ídolos *eternos*, sino también los más jóvenes, y por tanto los más seniles; la «idea moderna», por ejemplo.

El huracán sopla entre los árboles, y por todas partes se ven caer al suelo los frutos, verdades.

Hay en este libro la prodigalidad de un otoño demasiado abundante.

Tropezamos con las verdades, incluso aplastamos algunas. ¡Son tantas!

Pero la que cogemos con la mano no tiene ya nada de problemática, es la decisiva. Yo soy el único que puede dar la medida de las «verdades», el único capaz de juzgarlas.

Es como si se hubiese despertado en mí una *segunda consciencia*; como si la «voluntad» hubiese encendido en mí una luz que alumbre la pendiente *oblicua* sobre la cual se iba deslizando cada vez más abajo.

Esta pendiente *oblicua* la llamaban el camino de «la verdad». Termina la «obscura impulsión».

Antes el hombre *bueno* ignoraba en absoluto el *buen* camino. Hasta llegar yo, nadie conocía el buen camino, el camino que conduce á *lo alto*.

Yo he traído nuevamente las esperanzas, la orientación trazada hacia la verdadera cultura.

Yo soy el *feliz mensajero* de esa cultura...

Por eso mismo soy también una fatalidad.

### III

Inmediatamente después de haber terminado la obra ya mencionada, sin perder un solo día, emprendí la formidable tarea de la *Transmutación*, animado de un sentimiento de soberano y sin igual orgullo, seguro de mi inmortalidad y marcando en bronce las palabras con la certidumbre de un fatalismo.

El prefacio fué escrito el 3 de Septiembre de 1888, y cuando mediada la mañana salí á dar un paseo después de haberlo escrito, me encon-

tré con el día más luminoso de la Alta Egandina; un día de luz transparente, ardiente de color, que tenía en sí todos los cambiantes del hielo y el sol.

No pude salir de Sils-Maria hasta el 20 de Septiembre, á causa de las inundaciones, que me transformaron en el único huésped de aquel maravilloso lugar, á quien mi gratitud inmortalizará.

Después de un viaje lleno de incidentes, en el que incluso corrí peligro de muerte, atravesando Como, inundado, durante la noche, llegué á Turín el 21.

Turín es mi lugar *demostrado* y desde entonces lo elegí como residencia. Me hospedé en la misma casa donde había vivido la primavera anterior, en la *Via Carlo Alberto VI*, enfrente del palacio Carignano, donde nació Víctor Manuel. Mis ventanas daban á la plaza Carlos Alberto, y al Sur se dominaba una lejanía de colinas.

Sin vacilar un segundo, sin que nada me distrajera, reanudé inmediatamente mi tarea. No me quedaba más que terminar la cuarta parte de la obra.

El 30 de Septiembre, ¡gran victoria! Séptimo día: ociosidad de un dios paseándose á lo largo del Pó.

Aquel mismo día escribí también el prefacio de *El crepúsculo de los ídolos*, cuya corrección de pruebas me había servido de entretenimiento durante el mes de Septiembre.

Jamás he vivido un otoño semejante. Nunca hubiese creído que fuera posible un caso igual sobre la tierra.

Un Claudio Lorrains transportado al infinito en perfección creciente.

## EL CASO WAGNER

(Un problema musical)

### I

Para poder hacer justicia á esta obra hay que sufrir la fatalidad de la música como el dolor de una llaga abierta.

¿Que *qué* sufro cuando padezco la fatalidad de la música?

Pues sufro porque la música ya haya perdido su carácter afirmativo y transfigurador del mundo; sufro porque es una decadencia y no es la flauta de Dionisios.

Sin embargo, aun admitiendo que se considere la causa de la música como su *propia* causa, como la historia de su *propio* sufrimiento, no podrá menos de reconocerse que esta obra está llena de consideraciones y que es por demás indulgente.

En un caso como este, el estar alegre y el burlarse bondadosamente de sí mismo—*ridendo*

*dicere severeun*, cuando el *verum dicere* justificaría todas las durezas—es sencillamente humano. ¿Quién, pues, se atrevería á dudar que siendo como soy un ex artillero, puedo disparar mis baterías contra Wágner?

Todo cuanto haya de decisivo en este asunto lo he reservado para mí... Por algo he querido á Wágner.

Sin embargo, en el fondo de esta obra hay algo más que el ataque contra un «sutil desconocido», que otro adivinaría torpemente. Tengo que desenmascarar todavía á más «desconocidos» que á ese Cagliostro de la música.

Á decir verdad, me falta intentar el ataque contra la nación alemana, que espiritualmente se va haciendo cada vez más perezosa y más pobre de instintos, más *honorable*; contra esta nación alemana que sigue con envidiable apetito nutriéndose de contradicciones, que traga la «fe» lo mismo que la ciencia, la «caridad cristiana» como el antisemitismo, la voluntad del poder (del «imperio») lo mismo que el evangelio de los humildes, sin sentir el menor trastorno digestivo.

¡Qué neutralidad tan romántica! ¡Qué desinterés! ¡Qué sentido tan justo del *buche* germánico, para el cual todo tiene buen gusto y le concede iguales derechos!

No hay duda: los alemanes son idealistas.

La última vez que estuve en Alemania me encontré muy preocupado al gusto alemán en conceder iguales honores á Wágner y al *Trompeta de Saekkingen*.

Yo mismo fui testigo del homenaje que se hizo en Léipzig á uno de los músicos más sinceros, más alemanes—tomando el vocablo «alemán» en su antigua significación, no en la de «alemán del imperio»—, al maestro *Henri Schütz*, fundando en honor suyo una... *Sociedad Listz* que tuviese por objeto el cultivo y propaganda de la música religiosa. Nada. No hay duda: los alemanes son idealistas.

## II

Sin embargo, nadie podría impedirme que sea *brutal* y les diga á los alemanes unas cuantas verdades duras. ¿Quién sería capaz de hacer lo contrario, si no?

Hablo de su impudicia en materia histórica. No sólo han perdido por completo los alemanes el *golpe de vista amplio*, para la marcha y valor de la cultura, no sólo son unos peles de la

política—ó de la Iglesia—, sino que pretenden incluso *desterrar* ese golpe de vista amplio.

Hay que ser alemán antes que nada, ser de «la raza», porque sólo de ese modo se tiene derecho á decidir acerca de todos los valores y de todos los no valores en materia histórica. Eso les determina. *Alemán* es un argumento; *Alemania sobre todo*, es un principio; los germanos representan el «orden moral» en la historia. Respecto del imperio romano, son los depositarios de la libertad; respecto al siglo XVIII, los restauradores de la moral, del «imperativo categórico».

Hay distintos modos de escribir la historia. Uno conforme á la Alemania imperial; otro anti-semita, y por último, otro para uso de la corte, y del cual no se avergüenza el señor Treitsckke.

Recientemente ha corrido por todos los periódicos alemanes como una «verdad», que todo «buen alemán debía aprobar, la opinión de un idiota en materia histórica, del estético suave Vischer, que por fortuna murió después de decirla.

He aquí esa opinión: «El Renacimiento y la Reforma unidas forman un todo, representan una regeneración estética y una regeneración moral.»

Cuando oigo estas cosas se me acaba la

paciencia y estoy á punto de decirles á los alemanes todo lo que tienen sobre su conciencia; es más, creo que es casi un deber decírselo:

*Ellos son los únicos responsables de cuantos crímenes se han cometido contra la cultura durante los cuatro últimos siglos.*

Y siempre por las mismas razones.

Á causa de su profunda *cobardía* frente á la realidad, que es también la cobardía frente á la verdad; á causa de su falta de sinceridad, que en ellos ha llegado á constituir una segunda naturaleza, á causa de su «idealismo».

Los alemanes han estropeado á Europa la cosecha que sembró la *gran* época del Renacimiento; han cambiado el sentido de esa época en el momento que una jerarquía superior, que unos valores nobles, afirmativos de la vida y garantizadores del porvenir, triunfaban sobre los valores opuestos, los *decadentes*, los *victoriosos por el instinto*.

Lutero, aquel fraile fatal, restableció la Iglesia, y lo que es mil veces peor, restableció el cristianismo en el crítico momento en que sucumbía. ¡Al cristianismo... esa *negación de la voluntad de vivir* erigida en religión!

Lutero era un fraile imposible que, á causa de su imposibilidad, atacó á la Iglesia, y por lo tanto provocó su restablecimiento.

Los católicos debían celebrar fiestas en honor de Lutero, escribir dramas y autos sacramentales para exaltación suya. ¡Lutero y la «regeneración moral»! ¡El diablo como amén de toda psicología.

No hay duda: los alemanes son idealistas.

Por dos veces, cuando en virtud de una audacia extraordinaria, de un formidable esfuerzo sobre sí mismo, llegaba á realizarse un modo de pensar absolutamente científico, los alemanes supieron encontrar distintos y apartados caminos para volver al «ideal» antiguo, para reconciliar la verdad y el ideal. Los cuales, después de todo, no eran más que fórmulas para adquirir el derecho contra la ciencia, el derecho á la *mentira*.

Léibnitz y Kant. ¡He aquí las dos trabas mayores, los dos obstáculos más grandes de la veracidad intelectual en Europa!

Y por último, cuando apareció como un puente entre dos siglos de decadencia una *fuerza mayor* de genio y de voluntad, una fuerza bastante grande para hacer de Europa una unidad política y económica que hubiese dominado al mundo, los alemanes, con sus guerras de independencia, lustraron en Europa aquella significación maravillosa que guardaba la vida de Napoleón.

A partir de este hecho, los alemanes son culpables de todo lo que vino después, de lo que sucede actualmente. Tienen sobre su conciencia esta dolencia, esta sinrazón—que es la más contraria á la cultura—del nacionalismo, esta *neurosis nacional* que padece Europa, como una prolongación de las luchas regionales, de la politiquilla de campanario.

Le han quitado á Europa su significación y su *razón* empujándola á un callejón sin salida.

¿Quién, sino yo, conoce el camino que la hará salir de ese callejón? ¿Podrá cumplirse este propósito de *unir* nuevamente los pueblos?

### III

Después de todo, ¿por qué no he de decir mis sospechas? Respecto á mí, los alemanes han puesto en juego todos sus medios para que el formidable Destino pariese un ratón. Hasta hoy me son francamente hostiles, y me extrañaría mucho que modificaran su actitud en lo futuro.

¡Ay! ¡Qué dulce sería para mí que fuera un mal profeta en mi patria!

Mis lectores, mis espectadores naturales y verdaderos son actualmente los rusos, los escandinavos, los franceses. ¿Lo serán siempre?

Los alemanes no están representados en la historia del conocimiento más que por nombres equívocos; no han producido nunca más que monederos falsos «inconscientes» (este epíteto puede servir á Fichte, á Schelling, á Schopenhauer, á Hegel, á Schleiermacher, lo mismo que á Kant y á Léibnitz; todos ellos no son más que *fabricantes de velos*.)

El «espíritu alemán» es para mí una atmósfera viciada. Yo no respiro bien junto á esa suciedad psicológica que ha llegado á ser su segunda naturaleza, de esa suciedad que se adivina en cada palabra, en cada actitud de un alemán.

Los alemanes no han pasado por un siglo XVII, de severo examen de sí mismos, como los franceses. Un La Rochefoucauld, un Descartes valen mil veces más en lealtad que el primero de ellos.

Los alemanes no han tenido nunca un psicólogo, y la psicología sirve precisamente para distinguir la *limpieza* ó la *suciedad* de una raza.

¿Cómo, no siendo limpio, podrá obtenerse la profundidad? En los alemanes, de igual modo que en las mujeres, no se llega nunca al fondo

por la sencilla razón de que no lo tienen. Ni siquiera es vulgar.

Lo que en Alemania se llama «profundo» es precisamente, esa suciedad instintiva respecto de sí mismo de que acabo de hablar. No *quieren* ver claro en el fondo de su propio ser.

¿Me será permitido emplear la *palabra* «alemán» como moneda internacional para designar esta depravación psicológica.

Ved, por ejemplo, al emperador alemán. Asegura, cree que «su deber de cristiano» es libertar esclavos en África.

Entre *nosotros*, los europeos, eso se llamaría simplemente «alemán».

¿Han producido los alemanes siquiera un solo libro que sea profundo? Ignoran hasta el sentido de la profundidad. Sabios he conocido que consideraban profundo á Kant. Mucho me temo que en la corte de Prusia no tengan formado igual concepto del señor Treitsckke.

Y si alguna vez se ha presentado la ocasión de celebrar á Stendhal como psicólogo, no han faltado profesores de universidad alemana que rogaron deletrease ese nombre.

## IV

¿Por qué no he de ir hasta el fin? A mí me gusta dejar la mesa limpia; incluso me enorgullezco de ser el contador de los alemanes por excelencia.

Ya dejé expresada á los veintiséis años (tercera *Consideración inactual*, pág. 71) la desconfianza que me inspiró siempre el carácter alemán.

Los alemanes tienen para mí algo de imposible. Cuando quiero imaginar un tipo de hombre absolutamente contrario á todos mis instintos, siempre pienso en un alemán.

Lo primero que me pregunto al escrutar á la persona que tengo delante, es si posee el sentimiento de la distancia, si ve en todo el rango, los grados, las jerarquías de hombre á hombre, si sabe distinguir, en fin. Si posee todo eso es gentilhomme. Pero si no, pertenece irremisiblemente á la categoría tan vasta, tan bonachona de la canalla.

Por eso los alemanes, siendo canallas, son

¡ay! tan bonachones. El trato de los alemanes acobarda. Todos están á un mismo nivel.

Excepción hecha de mis relaciones con algunos artistas, y sobre todo, con Ricardo Wagner, no les debo una sola hora agradable á los alemanes.

Supongamos que el espíritu más profundo de todos los siglos y de todas las épocas apareciese entre los alemanes. Pues bien; un ser cualquiera de aquellos que salvaron el Capitolio podría imaginarse con todo fundamento que su alma villana valía tanto como la de ese espíritu.

Yo no puedo soportar la convivencia con esta raza, que no posee el tacto de los matices —¡y desgraciadamente yo soy un matiz!— de esta raza que ni siquiera tiene gracia para andar. Aunque, en resumidas cuentas, los alemanes carecen de pies; no tienen más que piernas.

Los alemanes ignoran en absoluto hasta qué punto son vulgares y—lo que es ya la vulgaridad más superlativa—ni siquiera tienen vergüenza de no ser *más que eso*: alemanes.

Hablan de todo; de todo creen saber y tienen la pretensión de que su opinión es la decisiva. Mucho me temo que no hayan opinado *decisivamente* respecto de mí.

Toda mi vida ha sido y será la rigurosa de-

mostración de estas afirmaciones. Inútilmente he buscado en torno mío una prueba de tacto, de delicadeza. Las he hallado hasta en los judíos. Nunca en un alemán.

Yo soy bueno y amable con todo el mundo por naturaleza, y aunque *tengo derecho* á no establecer diferencias no por eso cierro los ojos.

Á nadie exceptúo de esta bondad, y mucho menos á mis amigos, á los cuales supongo no les habrán molestado esas pruebas de amistad mías.

Pues bien; á pesar de todo esto, tengo la seguridad de que cuantas cartas he recibido en estos últimos años tenían algo de cínicas. Hay mucho más cinismo en esa benevolencia de que quieren rodearme que en un odio cualquiera.

Se lo he dicho cara á cara á todos mis amigos: ninguno de ellos ha pensado siquiera que valiese la pena *estudiar* ninguna de mis obras. Más de una y de dos veces he adivinado, por cualquier indicio, que no sabían de qué trataban siquiera.

¿Cuál de mis amigos ha visto en *Zaratustra*, por ejemplo, otra cosa que una simple presunción ilícita y afortunadamente inofensiva?

Han transcurrido diez años y nadie en Alemania ha creído un deber de conciencia tomar

la defensa de mi nombre contra el absurdo silencio en que le han envuelto.

Fué un extranjero, un danés, el primero que tuvo bastante sutilidad instintiva y bastante *valor* para rebelarse contra mis falsos amigos. ¿En cuál Universidad alemana sería posible un curso de mi filosofía como el que explicó la primavera pasada en Copenhague Jorge Brandés?

Sin embargo, no he sufrido por esto. Lo *necesario* no me molesta. Lo más íntimo de mi naturaleza está en la frase *Amor fati*.

Pero esto no impide que me guste la ironía, sobre todo la universal.

Por eso, próximamente dos años antes del rayo destructor de la *Transmutación*, que convulsionará la tierra, he echado al mundo *El caso Wágner*.

Estaba escrito que los alemanes se engañaran una vez más respecto de mí, y se *immortalizaran* de ese modo. Todavía tienen tiempo.

¿Han llegado ya? Lo celebro mucho, señores germanos. Les felicito á ustedes.

---

## IV

## Por qué soy una fatalidad

## I

Conozco mi destino.

Sé que algún día se unirá mi nombre al recuerdo de algo formidable, á la efeméride de una crisis tal como no existió ninguna semejante sobre la tierra; la efeméride de la más profunda colisión de conciencias, el recuerdo de un fallo definitivo contra todo lo que hasta entonces se había creído, exigido y santificado.

Yo no soy hombre, soy dinamita.

Por eso no hay en mí lo más mínimo de fundador de una religión. Las religiones son cosas del populacho.

Después de estar en contacto con un hombre religioso, tengo que lavarme las manos.

No quiero «creyentes». Soy demasiado malo para ello. No creo en mí mismo siquiera.

No hablo para las masas, y tengo un miedo espantoso á que me *canonicen* alguna vez.

Ya comprenderéis por qué publico *antes* este libro. Quiero evitar que se valgan de mi nombre para el escándalo.

No quiero que me tomen por santo, y me agradaría mucho más que me tomaran por un fantoche.

Tal vez yo no sea más que eso: un fantoche.

Y á pesar de eso—mejor dicho; *no á pesar de eso*, porque hasta ahora no hay nada más mentiroso que un santo—la verdad habla por mi boca.

Pero mi verdad es *espantosa*, porque hasta ahora se ha llamado verdad á la *mentira*.

*Transmutación de todos los valores*: he aquí mi fórmula para un acto de suprema determinación de sí en la humanidad, y que en mí se ha hecho carne y genio.

Mi destino quiere que yo sea el primer hombre *honrado*; quiere que me sepa en contradicción con millares de años.

Yo fui el primero en descubrir la verdad porque fui el primero en considerar la mentira como una mentira, á *sentirla* como tal mentira.

Mi genio está en mi nariz.

Protesto como nunca se ha protestado, y sin

embargo, soy todo lo contrario de un espíritu negativo.

Soy un *mensajero feliz* como no hubo nunca ningún otro; conozco empresas de tal altura, que ni siquiera tienen noción aún.

Hasta que yo he venido no han vuelto de nuevo las antiguas esperanzas.

Así, pues, yo soy necesariamente el hombre fatal.

Cuando la verdad entre en lucha con la mentira milenaria, nos tambalearemos como nunca; habrá una enorme convulsión de temblores de tierra, de cambios de montañas y de valles, como ni en sueños pudieron imaginarse jamás.

La lucha de los espíritus absorberá por completo la idea de política.

Todas las combinaciones de poder de la sociedad vieja saltarán en el aire, porque todas ellas están apoyadas sobre la mentira.

Habrán guerras de una crueldad y de un valor desconocido en la tierra.

Y únicamente después de mí empezará en el mundo la *gran política*.

## II

¿Queréis la fórmula del destino *haciéndose hombre*? Está en mi *Zaratustra*:

«Y el que quiera ser creador en el bien y en el mal, deberá primero destruir y romper los valores.

»Así, el supremo mal forma parte del supremo bien; pero el supremo bien es creador.»

Yo soy, pues, el hombre más terrible que haya podido existir; pero eso no impide que me transforme en el más bienhechor. Conozco el goce de *destruir* en igual grado que mi *fuerza destructora*.

En ambos casos obedezco á mi naturaleza dionisiaca, que no sabría separar una acción negativa de una afirmación.

Soy el primer *immoralista*; con lo cual soy el destructor por excelencia.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 125 BOSTON, MASS.

## III

Nadie me ha preguntado—y debió de haberseme preguntado—qué significa el nombre de *Zaratustra* en labios del primer inmoralista. Porque precisamente lo que constituye ese carácter formidable y único en la historia de este persa, es todo lo contrario de lo que yo soy.

Zaratustra ha sido en descubrir, en la lucha del bien y del mal, el verdadero engranaje de las cosas.

Su obra consiste en la transposición de la moral, en la metafísica de la moral considerada como fuerza, como causa y como objeto por excelencia.

Esto ya podría considerarse como una respuesta.

Zaratustra creó ese fatal error que se llama moral; por lo tanto, debía ser el primero en reconocer su error.

No solamente posee una experiencia más amplia y más profunda que otros pensadores—toda la historia no es sino una refutación experimental de la proposición relativa al pre-

tendido *orden moral*—, sino que—y esto es lo más importante—es mucho más verídico que ningún otro pensador.

Su doctrina, únicamente su doctrina presenta la veracidad como una virtud superior; es decir, la pone frente a la cobardía del «idealismo», que huye de la realidad.

Zaratustra es más valiente que todos los pensadores reunidos.

Decir la verdad; *saber manejar bien el arco*.  
He aquí la virtud persa.

¿Se me ha comprendido?

La victoria de la moral sobre sí misma, por veracidad; la victoria del moralista sobre sí mismo, para llegar hasta su contrario, *hasta a mí*.

Esto es lo que significa en mi boca el nombre de Zaratustra.

## IV

En el fondo, la palabra *inmoralista* encierra para mí dos negaciones.

Por una parte contradigo ese tipo de hombre que se ha considerado hasta ahora como el tipo superior, el hombre *bondadoso, caritativo, benévolo*; por otra parte contradigo a una espe-

cie de moral que ha llegado á adquirir cierta importancia y poderío como moral en sí; la moral de la decadencia, ó para expresarme de un modo más preciso, la moral *cristiana*.

Ahora bien; me será permitido considerar la segunda contradicción como la más decisiva, teniendo en cuenta que la estimación demasiado alta de la bondad y de la benevolencia, si se las juzga en grande, es ya un resultado de decadencia, un síntoma de debilidad, incompatible con una vida que se le eleva y que se afirma.

Una de las condiciones esenciales de la afirmación, es la negación y la *destrucción*.

Me detengo primero ante la psicología del hombre bueno. Para aquilatar lo que vale un tipo cualquiera de hombre, hay que calcular lo que cuesta su conservación, es preciso conocer sus condiciones de existencia.

La condición de existencia de un hombre bueno es la mentira. Ó para expresarme de otro modo: es la *voluntad de no ver*, cueste lo que cueste, cómo es la realidad y qué la constituye.

La realidad no se ha hecho para incitar constantemente á la acción del instinto bondadoso, y mucho menos para permitir constantemente la intervención de manos ignorantes y buenas.

La creencia general de que las *calamidades* de toda especie son objeciones, hechos y cosas que deben *suprimirse*, es una solemne estupidez, una estupidez que puede provocar verdaderas desgracias, una fatal necedad, tan necia como, por ejemplo, el propósito de suprimir el mal tiempo por lástima de los pobres.

En la gran economía general, los golpes terribles de la realidad (en las pasiones, los deseos, la voluntad) son absolutamente, incalculablemente necesarios, mucho más que esa forma de felicidad mezquina que llaman «bondad».

Sin embargo, se debe ser indulgente para dejar un sitio á esta última, ya que representa la mentira de los instintos.

Alguna vez tendré ocasión de demostrar las consecuencias inquietadoras y desmedidas que puede tener para la historia entera el *optimismo*, esa creación de los *homines optimi*.

Zaratustra fué el primero en comprender que el optimismo es tan decadente como el pesimismo y tal vez más molesto.

Ved sus palabras:

«Los hombres buenos no dicen nunca la verdad. Los hombres buenos os enseñan artes falsas y falsas certidumbres. Habéis nacido y

os abrigasteis en las mentiras bondadosas. Los buenos lo han deformado, lo han pervertido todo.»

Afortunadamente, el mundo se ha formado para que triunfen los instintos del «borrego» de buen corazón.

Exigir que todos los hombres buenos, todas las bestias del rebaño tengan los ojos azules, tengan benevolencia, un «alma hermosa» ó —según los deseos de Mr. Herbert Spencer— que se hagan altruistas; sería despojar á la existencia de su *gran* carácter, sería castrar á la humanidad y rebajarla á la miserable condición de chirimbolo.

«Y eso es lo que se ha ensayado hacer. Á eso precisamente se le llama moral.»

En este sentido, Zaratustra tan pronto llama los «últimos hombres» á los buenos, como los considera «el principio del fin»; pero, sobre todo, afirma que es la especie humana *más peligrosa*, puesto que imponen su existencia tanto á costa de la *verdad* como á costa del porvenir.

«Los buenos no pueden crear. Son siempre el principio del fin.

»Crucifican al que escribe valores nuevos

sobre nuevas tablas. Se sacrifican á sí mismos el porvenir. Crucifican todo el porvenir de los hombres.

»Los buenos—que fueron siempre el principio del fin—causan el daño más grande que puede causarse al mundo, por encima del de los calumniadores.»

## V

Zaratustra, el primer psicólogo de los hombres buenos, es, por lo tanto, amigo del malo.

Cuando una raza decadente logra alcanzar el rango más alto, es siempre con detrimento de la raza contraria, la constituida por los hombres fuertes y seguros de la vida.

Cuando la bestia de rebaño resplandece en la luminosidad de las virtudes puras, el hombre excepcional se ha visto obligado á descender al grado inferior de la maldad.

Cuando la mentira acapara á toda costa la palabra «verdad», para obligarla á entrar en su óptica, el hombre verdaderamente verídico se ve designado con los peores epítetos.

Zaratustra expresa clara é indudablemente

que el conocimiento de los hombres buenos, de los «mejores», es lo que le ha inspirado el terror del hombre. Y de aquí, de *esta repulsión*, le han nacido alas «para volar lejos, en las lejanías futuras».

No oculta tampoco que *su* tipo de hombre, un tipo relativamente sobrehumano, es sobrehumano por contraposición á los buenos y á los justos que llamaran demonio á este *superhombre*:

«...He aquí la duda y la risa secreta que me inspiráis vosotros, los hombres superiores con que tropieza mi mirada: Yo he adivinado que llamaréis demonio á mi superhombre. Soy de tal modo extraño en vuestra alma á la grandeza, que el superhombre os parecerá *terrible* en su bondad.»

Este fragmento, antes que ningún otro, debe servir de punto de partida para los que quieran comprender los propósitos de Zaratustra.

Esta especie de hombres concebida por él es la que concibe á su vez la realidad *tal como es*. Tiene bastante fuerza para ello. No le es extraña la realidad ni le parece lejana; *es semejante á sí misma*, encierra en sí todo cuanto

tiene esta especie de terrible y de problemático, porque de este modo *es como únicamente puede ser grande el hombre*.

## VI

La palabra *inmoralista* es mi enseña y mi lema.

Para mí es una fortuna poseer esta palabra que me pone enfrente de toda la humanidad. Nadie ha considerado todavía la moral *cristiana* como una cosa que está *por debajo* de uno. Para eso es preciso cierta altura, cierta amplitud de visión, cierta profundidad psicológica absolutamente inauditas.

La moral cristiana ha sido hasta ahora la Circe de todos los pensadores que la servían y la acataban. ¿Quién, antes de mí, ha descendido á las cavernas de donde brota el hálito envenenado de esa especie de ideal, del ideal de los calumniadores? ¿Quién siquiera se ha atrevido á pensar la existencia de esas cavernas? ¿Quién, sino yo, ha sido un *psicólogo* entre los filósofos, el tipo opuesto al «charlatán superior», al «idealista»?

Antes de existir yo, no existió la psicología. Ser en esto el primero tal vez sea una maldición, pero es indudablemente una fatalidad. Por que se le *desprecia* por esto: *por ser el primero*.

La *repugnancia* del hombre: he ahí mi verdadero peligro.

## VII

¿Se me ha comprendido?

Lo que me delimita, lo que me separa del resto de la humanidad es el haber *descubierto* la moral cristiana. Por eso necesita una palabra que poseyera la fuerza y el sentido de un reto lanzado contra todos.

Yo veo por todas partes la falsedad hecha instinto; una ignorancia voluntaria y sistemática de todo lo nuevo, de toda causa, de toda realidad. Es un falso acufamiento en materia psicológica que no retrocede ante el crimen.

Porque la ceguera delante del cristianismo, es el *crimen por excelencia*, el crimen *contra la vida*.

Los milenarios, los pueblos—antiguos y

modernos—, los filósofos y las viejas—excepto cinco ó seis momentos históricos y yo—que represento el séptimo—, se vanaglorian todos sobre este punto.

El cristiano ha sido considerado hasta el día como el *ser moral* por excelencia. Y como tal «ser moral», es el más absurdo, el más falso, el más pedante y más frívolo, hasta el punto de *molestarse á sí mismo* de un modo increíble.

La moral cristiana—la peor forma de la mentira voluntaria—ha corrompido á la humanidad.

No es el error considerado como tal lo que me espanta, no es la falta de buena voluntad que perdura hace millones de años, la falta de disciplina, de valentía espirituales que se adivina en el triunfo de esta moral, es la falta de naturalidad, es ese estado de cosas en que la misma *contra natura* ha sido honrada y glorificada con el nombre de moral, y ha permanecido suspendida sobre la humanidad como su ley única, como su imperativo categórico.

¿Se puede permanecer indiferente hasta ese punto, no ya como individuo, no ya como pueblo, sino como humanidad?

Han enseñado á despreciar todos los primeros instintos de la vida; han imaginado, valiéndose de la mentira, la existencia de un «alma»,

de un «espíritu» que mate al cuerpo; han enseñado á avergonzarse, á ver algo impuro en la sexualidad, primera condición de la vida; en la más profunda necesidad de creer, en el severo amor propio (¡la misma palabra es ya injuria!), han buscado un mal principio. Y por el contrario, en la señal típica de la degeneración y de la contradicción del instinto, en el «desinterés», en la pérdida del punto de apoyo, en el impersonalismo y el amor al prójimo, advierten el valor superior, ¡qué digo el valor superior!... *el valor por excelencia.*

¿Será posible que la humanidad esté en decadencia y que lo siga estando siempre? Lo que es indudable es que le han presentado en toda ocasión valores decadentes bajo el nombre de valores superiores.

La moral suicida del renunciamento, la única moral enseñada hasta ahora, deja adivinar la voluntad de morir, *niega* la vida en la base misma de la vida.

Sin embargo, hay una esperanza, una posibilidad permanece abierta todavía.

No es la humanidad la que está en decadencia; es únicamente esa especie parasitaria de individuos que se llaman *sacerdotes* y que valiéndose de la mentira han llegado á elevarse á la categoría de árbitros para la determinación

de los valores; que han encontrado en la moral cristiana un medio de llegar al poder.

De aquí nace, pues, mi convicción: los amos, los conductores de la humanidad han sido siempre teólogos, es decir, decadentes. Y de ahí la transmutación de los valores en una enemistad de la vida, que haga brotar la moral.

*Definición de la moral:* La moral es la idiosincrasia del decadente que oculta sus propósitos *de vengarse de la vida.*

Y estos propósitos han sido coronados por el éxito. *Vein Dancsh y Apokal. 17.*

## VIII

¿Se me ha comprendido?

No he dicho ahora una sola palabra que no dijera ya hace cinco años por boca de Zaratustra.

El *descubrimiento* de la moral cristiana es un acontecimiento sin igual, una verdadera catástrofe, una fatalidad que rompe la historia humana en dos pedazos.

Se vive *antes*. Se vive *después*. El rayo de

la verdad ha tocado en lo que hasta ahora estuvo más alto é intangible.

Que aquel que comprenda *lo que* ha sido destruido, mire sus manos y vea si le queda algo en ellas.

Todo cuanto se consideraba verdad ha sido desenmascarado como la mentira más peligrosa, más pérfida, más subterránea; el sagrado pretexto de *mejorar* los hombres aparece como una astucia para agotar la vida misma, para anemiarla extrayéndole la sangre. El *vampirismo* considerado como la moral.

El descubridor de la moral no ve nada venerable en los tipos más venerados por la humanidad, incluso en los canonizados; ve la fatalidad de los malvados, seres buenos que *fascinan*.

La noción de «Dios» se ha inventado como antinomia de la vida. En ella se resume todo lo malsano, lo venenoso, lo calumniador, el odio á la vida.

La noción del «más allá» del «mundo verdadero» ha sido inventada para despreciar el *único* mundo que existe, para que nuestra existencia terrestre no tenga ningún objeto, ninguna razón de vivir, ninguna misión que cumplir.

La noción del «alma», del «espíritu» y en

resumidas cuentas, de la «inmortalidad», se han inventado para despreciar el cuerpo, para enfermarle—«santificarle»—, para llevar, á cuantas cosas serias hay en la vida—la alimentación, la higiene, el régimen intelectual, la limpieza—el más espantoso de los descuidos.

En vez de la salud, la «salvación del alma», es decir, una locura circular que va desde las convulsiones penitenciales al histerismo de la redención.

La noción del «pecado» se inventó al mismo tiempo que la de su complemento de tortura, «el libre arbitrio», para hacer de la desconfianza, del odio al instinto, una segunda naturaleza.

En la noción del «desinterés», del «autorrenunciamiento» está el verdadero emblema de la decadencia.

El atractivo de todo lo molesto, la *incapacidad* de discernimiento, la autodestrucción se consideran virtudes: son «el deber», «la santidad», «la divinidad» hechos hombre.

Por último—y esto es lo más terrible—, en la noción de hombre «bueno» se exalta todo cuanto es débil, enfermizo, torpe, doliente, lo que *debe desaparecer*, en fin.

La ley de *relación* se destruye. Se considera

un ideal, la oposición al hombre altivo, sano, al hombre afirmativo que garantiza el porvenir. Á este hombre se le llama *el malo*.

Y en nombre de la moral se ha considerado como un definitivo acto de fe el «¡Aplastad al infame!»

¿Se me ha comprendido?

*Dionisios enfrente del crucificado.*

FIN

## INDICE

	Págs.
<i>Prólogo del traductor</i> . . . . .	v
<i>Prefacio</i> . . . . .	xi
POR QUÉ SOY TAN SABIO. . . . .	21
POR QUÉ SOY TAN LISTO. . . . .	47
POR QUÉ ESCRIBO TAN BUENOS LIBROS. . . . .	83
<i>El origen de la tragedia</i> . . . . .	102
<i>Las consideraciones inactuales</i> . . . . .	113
<i>Humano, demasiado humano</i> . . . . .	122
<i>Aurora</i> . . . . .	134
<i>La Gaya Ciencia</i> . . . . .	140
<i>Así hablaba Zaratustra</i> . . . . .	142
<i>Más allá del bien y del mal</i> . . . . .	168
<i>La genealogía de la moral</i> . . . . .	171
<i>El crepúsculo de los ídolos</i> . . . . .	174
<i>El caso Wágner</i> . . . . .	179
POR QUÉ SOY UNA FATALIDAD. . . . .	192